

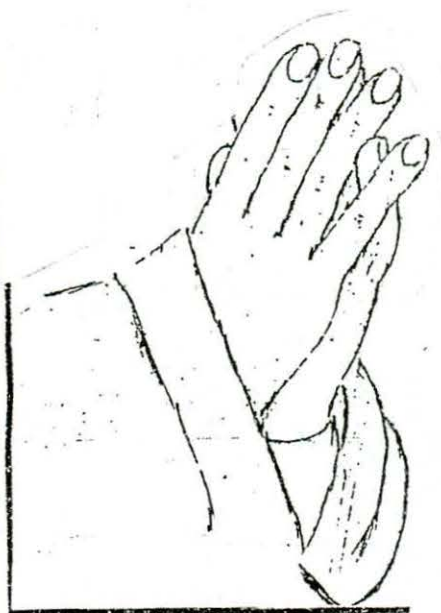
CARTA PASTORAL

a los

ENFERMOS

para la

CUARESMA



DIOCESIS de QUILMES

1989

JORGE NOVAK
Padre Obispo

Ministros de los enfermos

Ref.: CARTA PASTORAL A LOS ENFERMOS PARA LA CUARESMA.

(Circ. N° 18/89)

INTRODUCCION: Hermanos: ustedes son para la Iglesia hijos particularmente queridos, por participar más intensamente de la Pasión de Cristo. En esta Cuaresma, en que recordamos con mayor devoción los sufrimientos del Salvador, quiero invitarlos a vivir la gracia de Dios con renovado afecto de entrega a la santísima voluntad de nuestro Padre del cielo. En los primeros días de mi enfermedad, en setiembre de 1985, la meditación de las 7 Palabras pronunciadas por Cristo en el Calvario me dio una fuerza espiritual sobrehumana. Si bien es imposible reducir a la breve síntesis de esta Carta la oración serena de largas jornadas, creo entrar en más profunda comunión con ustedes con el presente comentario a tan memorables Palabras.

1. "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Mateo 27,46).

Por experiencia sabemos todos lo difícil que es perdonar y lo bello que es perdonar. Lo duro que es pedir perdón y lo grande que es pedir perdón. Lo difícil que es ~~intermedia~~ entre dos personas o familias enemistadas y lo dulce que es lograr que las dos partes ofendidas se reconcilien.

Jesús, el Verbo eterno de Dios hecho hombre, vino en ayuda de nuestra debilidad. La dificultad en reconciliarnos es uno de los puntos más débiles de la convivencia humana. Por eso insistió el divino Maestro en la predicación del deber de ~~perbarnos~~ y de pedir perdón. Si no nos reconciliamos con nuestros hermanos no podemos acercarnos a la celebración de la santa Eucaristía. Si no perdonamos a quien nos han ofendido no recibimos el perdón de Dios. No hay límite en la calidad y en el número de veces de nuestro perdonar. Hay que perdonar siempre, a todos, todo.

En la cruz de su agonía el Redentor del hombre practicó del modo más sublime su persistente y exigente enseñanza. La primera santa Palabra que brota de su corazón y de sus labios es pedir al Padre que perdone a todos los que lo han llevado a la muerte. Como la verdadera causa de esta muerte es el pecado, toda la humanidad está comprendida en esta súplica. Todos hemos necesitado y necesitamos continuamente el perdón de Dios. La oración propiciatoria de Cristo se transforma así en una inmensa y englobante absolución general, que abarca a toda la humanidad. A todos, desde los primeros padres hasta la generación que será convocada el día

del Juicio Final.

Imitemos a Jesús agonizante. Perdonemos de corazón a quienes piden o necesitan nuestro perdón. Perdonemos aunque no nos pidan formalmente disculpa. Perdonemos con el corazón, si no podemos hacerlo de viva voz. De la misma manera pidamos perdón a los que hemos ofendido. Recemos por ellos para que Dios compense con su gracia el daño que hemos causado. La humildad nos ayudará a tomar tan nobles resoluciones y nos acercará a Dios.

Perdonar y pedir perdón cuesta mucho a nuestra naturaleza debilitada por el pecado. En la oración encontraremos la fuerza espiritual para cumplir propósitos tan santos. El Espíritu Santo no dejará de transformar nuestra pobre voluntad haciéndola generosa en ofrecer el perdón y humilde en pedir que nos perdonen. Miremos el crucifijo y digamos a Jesús: "Señor, que desde la cátedra suprema de la cruz nos obtuviste el perdón del Padre que nos devolvió la paz del corazón, dame tu Espíritu para que también yo pueda imitarte, con la mayor sinceridad. Quiero perdonar todo y a todos. Quiero recibir el perdón de quienes recibieron de mí, pobre pecador, ofensa y daño. Estoy totalmente compenetrado con tus sentimientos de reconciliación y ofrezco mis sufrimientos, unidos a tu dolorosísima Pasión, por quienes más necesitan mi ayuda espiritual, para sentirse amados por Dios".

La Iglesia tiene un sacramento especialmente consagrado a administrar el perdón que brota de la Sangre derramada por Cristo en la cruz. Es el sacramento de la "reconciliación y penitencia", que llamábamos el "sacramento de la confesión". ¡No dejemos de llamar al sacerdote, aunque nuestra enfermedad no sea mortal! Es el gran regalo de su Pascua que el Señor resucitado dejó a la Iglesia. En ese sacramento obra El directamente y nos deja los frutos espirituales de la paz y de la alegría de los hijos de Dios.

De esta manera, apropiándonos las gracias que fluyen de la primera Palabra de Cristo en la cruz nos transformamos en instrumentos de perdón y de reconciliación para el mundo entero. Desde nuestro lecho de dolor, desde el cuarto familiar en que nos retiene la edad avanzada o la enfermedad, desde la sala del hospital o el cuarto de la clínica en que nos internaron, irradiamos paz y alegría. Desmontamos las fortalezas levantadas por el odio. Desactivamos los instrumentos de destrucción almacenados en los arsenales del armamentismo. Acercamos los bloques enfrentados por ideologías contrastantes y con posiciones irreductibles. Proclamamos la paz de Cristo, infinitamente superior a la falaz paz del mundo.

2. "Mujer, aquí tienes a tu hijo; aquí tienes a tu madre" (Juan 19,26-27).

En la segunda Palabra de Jesús desde la cruz entra en escena su santa Madre, la siempre Virgen María. Entra en escena silenciosamente, pero con un mensaje de enorme gravitación para nuestra vida y espiritualidad como seguidores de Cristo. Cuando está contenido en las Sagradas Escrituras, dice San Pablo: fue escrito para nuestra instrucción, para que por el consuelo que de allí nos brota mantengamos la esperanza.

Jesús se dirige primero a su Madre y la invita a tomar a Juan por hijo. La Iglesia ha considerado siempre que en Juan estábamos comprendidos los seguidores de Cristo de todos los siglos. Que en Juan estaban representados todos los hombres. A partir de ese momento la maternidad de María adquirió contornos de Iglesia y de humanidad. Con razón Pablo VI, en el Concilio Vaticano II, la honró solemnemente con el título de "Madre de la Iglesia".

No podemos dudar un solo momento de la seriedad y eficacia de la maternidad espiritual ejercida por María sobre nosotros. Tratemos de captar en su real alcance esta consoladora relación que nos une con la Madre de Jesús. Ante todo, Ella ejerce su maternidad irradiando sobre nosotros la ternura de un amor que no tiene parangón alguno sobre la tierra. Al amparo de ese afecto se diluyen los espectros de preocupaciones y de miedos que suelen llenar de tristeza el corazón humano. María por a nuestra disposición la eficacia de su intersección vigilante, como en Caná de Galilea. La Iglesia experimentó mil veces tan soberano poder de mediación y nos anima a seguir experimentándolo a diario. Queda todavía la ejemplaridad de María. Ella es modelo preclaro de vida y de actitudes cristianas. Su fe, su esperanza y su caridad fueron inmensurables (el ángel Gabriel la saludó como "llena de gracia"). En esa vida teológica tenemos que inspirarnos nosotros para hacer continuamente la ofrenda de nuestra libertad según el plan de Dios. Tengamos siempre a flor de labios la respuesta: "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

El Señor también se dirige al discípulo. En éste asume la Iglesia, asumimos nosotros el compromiso de acoger a María "en nuestra casa". Introducirla "en nuestra casa" es modelar la vida con un estilo netamente mariano. Es seguirla, paso a paso, en su fidelidad a Cristo. Es descubrir sus intenciones, sus disposiciones interiores, sus actuaciones en Belén y en Nazaret, en el templo y en el Calvario; en la vida pública de Jesús y en las vísperas de Pentecostés.

Acoger a María "en nuestra casa" es honrarla en nuestra familia. Honrarla, reservando para el cuadro de la Virgen un lugar destacado y digno. Honrarla, repasando las páginas del Evangelio que Ella tomó como norma invariable de conducta.

Honrarla, rezando el santo rosario para penetrar, de manos de manos de María, la bella salvíficamente fecunda del misterio de Cristo.

Acoger a María "en nuestra casa" es mantener a la Virgen el lugar de privilegio que le corresponde en la historia, en el presente y en el futuro de nuestra comunidad nacional. Su presencia maternalmente eficaz tiene como testigos elocuentes los santuarios que la piedad y la gratitud de nuestro pueblo levantó en honor de la Madre de Jesús y que éste nos dio también a nosotros por Madre.

El enfermo tiene un título especialísimo para invocar con confianza a María como Madre. Participe de los dolores de Jesús en su Pasión, padeciendo limitaciones de todo género, el enfermo ha de saber que tiene a su lado a la Santísima Virgen. "Junto a la cruz de Jesús estaba su Madre". Junto al lecho en que se atraviesa la experiencia de una dura enfermedad; junto a la silla de ruedas a que ha relegado al ser humano un proceso de discapacitación; junto al anciano que pasa años recordando y esperando, está María, nuestra Madre. Está rezando con nosotros, está rezando por nosotros. Cuando arrecia el sufrimiento invocámosla con invencible confianza: "Dios te salve, Reina y Madre del misericordia. Vida, dulzura y esperanza nuestra: Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijo de Eva. A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora y abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

3. "Tengo sed" (Juan 19,28).

Uno de los mayores tormentos soportados por Jesús en su Pasión fue el de una sed abrasadora que lo llevó a manifestarla abiertamente. ¿Quién no ha tenido la experiencia de la sed, en la forma ordinaria, rápidamente superada con un poco de líquido que tenemos a mano? ¡Cuántos enfermos han tenido que someterse a la tortura de la sed, por determinadas circunstancias!

Muchos habitantes de nuestros barrios han vuelto a padecer la falta de agua en este verano, debiendo vivir en condiciones inhumanas, en materia de agua potable, de higiene, de limpieza. Hay poblaciones del interior del país que han debido ser surtidas de agua, por cierto bien precariamente, por medio de camiones o vagones cisternas. En el mundo hay regiones enteras sometidas a la carestía de agua por interminables años de sequía.

Jesús quiso compartir esa terrible realidad del enfermo, del vecino, del habitante de las zonas asediadas por la falta de lluvias. En mi reciente estadía en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, por razones de descanso, pude apre-

ciar con mis propios ojos los estragos causados por una sequía prolongada, mientras el sol sometía diariamente, a plantas, animales y hombres, al castigo despiadado de sus rayos de fuego.

Pero el Señor, con su clamor: "¡Tengo sed!" aludía también a otro dolor suyo. El Salvador se inmolaba por la felicidad de todos los hombres y sufría por el poco o ningún aprecio en que tantos tendrían su obra salvífica. En su vida pública había expresado sus ansias de ofrecer su sangre por nuestro rescate: "tengo que ser bautizado con un bautismo; y cuánto sufro hasta que no se realice!".

Con tal prontitud de ánimo por nuestra redención iba al encuentro de las aspiraciones más profundas de nuestro corazón. Con la oración del salmista nos sentimos interpretados todos: "como la cierva sedienta va a buscar del agua, así mi alma, suspira por ti, Dios mío". Y también: "Mi Dios, te busco desde la aurora, mi alma tiene sed de ti".

Jesús venía a hacernos conscientes de esa nostalgia saludable por Dios. Por eso dijo a la samaritana que iba por el agua natural al pozo: "¡Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", tú le pedirías y El te daría agua viva". Cuando el ser humano ya no siente la necesidad de beber agua, se halla en grave peligro su vida. Cuando la conciencia pierde la nostalgia de Dios, las ansias de sentirse cerca a Dios, el deseo incontenible de ver a Dios, demuestra un estado de salud espiritual preocupante.

Cristo ha venido para calmar nuestra sed de felicidad. "Felices quienes tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados". "El que beba del agua que yo le daré, ya nunca más tendrá sed". Para beneficiarse de tan plena saciedad ha de tener fe. Esa fe le permite "ver" a Jesús, "ir" a Cristo. Y de la santa humanidad del Salvador, de su costado traspasado por la lanza del soldado, brota a raudales el agua refrescante y fecundante de la salvación.

Con el agua salvífica queda simbolizada la acción eficaz del Espíritu que habrían de recibir quienes creerían en El. En el Apocalipsis se simboliza la acción fecunda del Espíritu Santo como un río que atraviesa la Ciudad de Dios, nuestra condición de comunidad de elegidos, y nos confiere perfecta y perpetua felicidad, vida eterna compartida con todos los amigos de Dios.

Corresponde a la Iglesia administrar la gracia salvífica, merecida por Jesús mediante su misterio pascual y activada por la presencia permanentemente dinamizadora del Espíritu Santo. Esto vale de modo especialísimo de la Eucaristía. "El que viene a mí jamás tendrá hambre, el que cree en mí jamás tendrá sed. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida". ¡Pidamos los ministros de la Iglesia que nos tiendan generosamente la mesa espiritual

del cuerpo y de la sangre de Cristo. ¡Que no nos falte nunca la participación del agua fecunda del Espíritu Santo, contenida, para nuestro bien, en los sacramentos de la Iglesia.

Digamos con fe: "Jesús, que quisiste compartir la tortura de la sed en tu agonía desgarradora, para merecernos a raudales las aguas salvíficas de la perfecta felicidad, haz que nunca se nos apague la sed por tus dones y que nunca nos falte el ministerio de la Madre Iglesia para brindarnos el agua que salta hasta la vida eterna".

4. **"Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23, 43).**

En su oración sacerdotal de la Última Cena pidió Jesús: "Padre, quiero que los que tú me diste, estén conmigo donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado, porque ya me amabas antes de la creación del mundo". Y en la conversación con sus discípulos había expresado: "En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Yo voy a prepararles un lugar". Ahora, en la cruz, el Salvador anticipa al "buen ladrón" una sentencia por demás consoladora: "estarás conmigo en el paraíso". Esta promesa se cumplirá sin dilación: "hoy". Se cumplirá sin lugar a dudas: "te lo aseguro".

Los sufrimientos de Cristo no habían pasado desapercibidos a ese hombre endurecido en el crimen, que consideraba merecido el castigo de la crucifixión en que había terminado. No se le había escapado la paciencia, la fuerza espiritual, la paz con que el divino Redentor soportaba todo: los dolores físicos, los insultos, las burlas. La absolución impartida desde la cruz por nuestro Salvador encontraba en el corazón ablandado del criminal anónimo un terreno fértil.

El proceso de conversión de este hombre contrastaba con el endurecimiento del otro condenado. De la boca de éste brotaban blasfemias y sarcasmos. ¡Qué misterio el de la libertad humana, que en un caso rechaza la predicación que Jesús culminaba con su pasión y en el otro se rinde ante la evidencia de un amor transformado en sacrificio expiatorio!

El proceso interior de conversión del "buen ladrón" estalla en una oración conmovedora: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino". La idea del Reino necesitaba una corrección, que el Señor concreta de inmediato asegurándole al peticionante el ingreso en el paraíso. Para siempre el "buen ladrón" se incorpora a la lista de los perfectos seguidores de Jesús. Hizo de la necesidad virtud; supo contemplar atentamente hasta el menor gesto de Cristo; confesó públicamente la fe nacida en su corazón como respuesta al magisterio supremo del Señor clavado en el madero.

Así se cumpliría la súplica de Cristo a su Padre: "quiero que los que tú me diste estén conmigo donde yo esté". Se cumpliría la afirmación de Jesús en su vida pública: "todo lo que me da el Padre viene a mí, y al que venga a mí, yo no lo rechazaré, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de aquél que me envió. La voluntad del que me envió es que yo no pierda nada de lo que El me dio, sino que lo resucite en el último día". Con la premura el pastor que recupera la ovejadescarriada, recoge Cristo la súplica del ajusticiado por el tribunal humano, para garantizarle el goce de una felicidad sin límites en su duración.

Nunca es tarde para cambiar un rumbo equivocado de vida. Lejos de imitar a Caín que se escapaba de la misericordia de Dios; lejos de seguir los pasos de Judas que desesperaba del amor perdonador de Cristo; imitemos al rey David penitente; imitemos a Pedro arrepentido; imitemos al ladrón convertido. Pidamos al ministro de la Iglesia que nos absuelva. Abramos nuestro corazón a la paz de Cristo; recojamos también nosotros la consoladora palabra de Cristo: "te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso".

Recemos por los agonizantes. Por los que se debaten en la frontera misma entre la vida y la muerte. Por los que han perdido la fe y en esas circunstancias se sienten huérfanos de esperanza. Por los que pasan dolores humanamente insoportables. Nuestra caridad para con los agonizantes; rezando con y por ellos; leyéndoles fragmentos de la Biblia, asistiéndoles para infundirles confianza en Dios será una excelente preparación a nuestra propia muerte, tal vez todavía remota.

Hagmos nuestra la oración del salmista:

"¡Ten piedad de mí, Señor, por tu bondad,
por tu gran compasión borra mis faltas!
¡Lávame totalmente de mi culpa
y purifícame de mi pecado!

Anúnciame el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta tu vista de mis pecados
y borra todos mis culpas.

Crea en mí, Dios mío, un corazón puro
y renueva la firmeza de mi espíritu.
No me arrojes lejos de tu presencia,
ni retires de mí tu Santo Espíritu.

5. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mateo 27,46).

Según el autor de la carta a los Hebreos, Cristo quiso ser considerado como hermano nuestro, haciéndose semejante a nosotros en todo, menos en el pecado. Daba a entender que no podía cometer pecado personal alguno. Escribiendo a los Corintios llega a afirmar San Pablo que Dios a Cristo lo hizo pecado por nosotros. Quería decir que Jesús cargó sobre sí: "el pecado del mundo", como con un expiatorio; cargó sobre sí los pecados de todos los hombres, todos nuestros pecados, pagando como rescate por ellos su Sangre, de valor infinito.

Esta condición de pagador por nosotros llevó al divino Redentor a sufrir la tortura más insoportable: la sensación de abandono de parte de Dios. El pecador, por el mal uso de su libertad, se aparta de Dios, como el hijo pródigo de la parábola se va de la casa paterna para entregarse libertinamente a los ídolos. Al padecer esa sensación de abandono de Dios, se hizo Cristo solidario de nosotros del modo más misterioso y pleno. En ese preciso momento pagó por nosotros el rescate y nos mereció la dignidad de hijos de Dios por adopción. La quinta Palabra de Jesús agonizante es el comienzo del salmo 22, que adquiere ahora una profundidad jamás imaginada y ha de ser recitado con la mayor devoción por cada seguidor del Señor crucificado.

¡Qué estragos causa el pecado en el corazón humano! Nuestro divino Maestro los describió con caracteres inconfundibles en la citada parábola del "hijo pródigo". ¡Cuántas ocasiones perdidas para hacer el bien, para brindar felicidad a los demás, para dejar un recuerdo edificante a los hijos, a los vecinos, a las generaciones del futuro! La toma de conciencia de los errores cometidos causa esa sensación de vacío, de fracaso total, de tristeza depresiva que Cristo quiso compartir para posibilitarnos la conversión, un nuevo comienzo, la esperanza recuperada, la alegría colmada.

San Pablo describió con páginas inspiradas los estragos del pecado y la belleza de la gracia de Cristo que se nos comunica en el sacramento del bautismo. "Ya no hay condenación para quienes viven unidos a Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu, que da la Vida, me libró, en Cristo Jesús, de la ley del pecado y de la muerte". Y, en tono de piadoso desafío, prosigue: "Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros ¿no nos concederá con él toda clase de favores? Tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor".

¡Que nadie desespere jamás! Transformemos nuestra tristeza en esperanza, recordando el momento culminante de nuestra redención, en que Jesús sufrió tan completo sentimiento de abandono. Todo es posible revertirlo, en base a la fuerza espiritual que brota de la cruz del Salvador. Si nos asalta la desesperanza, digamos con San Pablo, que escribe a los Gálatas: "ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí".

Repasemos ahora devotamente algunas estrofas del salmo 22, que recitó Jesús en el Calvario:

*"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
¿Por qué estás lejos de mi clamor y mis gemidos?
Te ~~invoco~~ de día y no respondes,
de noche, y no encuentro descanso;
y sin embargo, tú eres el Santo,
que reinas entre las alabanzas de Israel.
En ti confiaron nuestros padres;
~~confiaron~~, y tú los libraste;
clamaron a ti y fueron salvados,
~~confiaron~~ en ti y no quedaron defraudados.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
tú, que eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme.
El no ha mirado con desdén
ni ha despreciado la miseria del pobre;
no le ocultó su rostro
y lo escuchó cuando pidió auxilio.
Por esto ~~te~~ alabaré en la gran asamblea
y cumpliré mis votos delante de los fieles,
los pobres comerán hasta saciarse,
y los que buscan al Señor lo alabarán.
¡Qué sus corazones vivan para siempre!".*

6. **"Todo se ha cumplido" (Juan 19,30).**

En la Última Cena, en un arranque de voluntad decidida, habla animado Jesús a sus discípulos con estas palabras: "es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y obro como El me ha ordenado. Levántense, salgamos de aquí". Y en su "oración sacerdotal" había rezado de esta manera: "yo te he glorificado sobre

la tierra, llevandola cabo la obra que me encomendaste". Es emocionante constatar la fidelidad extrema con la que Cristo se atuvo al itinerario prefijado por el Padre.

Discutiendo con los líderes judíos habla este testimonio: "no hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó". Y a sus discípulos: "mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra". En el Huerto de los Olivos, en lo más arduo de la mortal agonía que lo afectaba, su oración fue ésta: "Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya". Esta línea de conducta la habla manifestado muy temprano a María y a José: "¿Por que me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?" Desde el primer momento de su entrada en el mundo venía animado con esta disposición: "aquí estoy; yo vengo para hacer, Dios, tu voluntad". Por eso, en la síntesis del Evangelio que es el Padrenuestro nos ordenó rezar: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".

Ahora podía mirar retrospectivamente su vida y decir: Misión cumplida! Misión cumplida en todos sus detalles y con el espíritu fijado por el Padre. Misión cumplida en la intimidad de su conciencia abierta al diálogo filial y en la predicación incesante de la Buena Noticia. Misión cumplida en actuaciones que despertaban el entusiasmo de las muchedumbres y en la dolorosa pasión que lo estaba haciendo objeto del desprecio popular.

En estos momentos supremos vendría a su memoria el Canto del Servidor de Dios: "despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada. Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría su boca; como un cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría su boca. El Señor quiso aplastarlo con el sufrimiento. Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia, prolongará sus días y la voluntad del Señor se cumplirá por medio de él. A causa de tantas fatigas, él verá la luz y, al saberlo, quedará saciado".

Para cada uno de nosotros se da la ineludible necesidad de cumplir la santa voluntad de Dios. Descubrirla en sus exigencias concretas es lo que llamamos la vocación cristiana. Conocida esta llamada de Dios a la vida con una misión personal intransferible, iremos descubriendo ulteriormente los mil detalles que la conforman día por día y hora por hora. Ojalá podamos decir como Jesús: "Misión cumplida!" Al término de cada jornada. Al término de la larga jornada de la vida. Sin esquivar nada de lo que nuestro Padre Dios nos propone. Sacando de la oración fuerzas para repetir: "no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Las pruebas se irán sucediendo a lo largo de nuestro caminar por la vida. Ya nos las anticipó Jesús: "el que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo que cague con su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?

¡La vida, la vida! Este tema de la existencia humana sólo se comprende si se le descubre una dimensión eterna. El mejor ejemplo nos lo dio Jesús: al morir, entró en su gloria y nos comunicó la plenitud de la vida, que no nos será quitada. Tantas vidas exteriormente brillantes son estériles, porque se dedican a vanidades sin valor verdadero. Tantas existencias humanas humildes y hasta al parecer anuladas por la pobreza y la enfermedad refulgirán como astros de primera magnitud en el firmamento de los siglos.

Oremos: Señor, que mi jornada diaria sea eco fiel de tu testimonio de agonizante misión cumplida! Que la fe ilumine mis pasos y me lleve a descubrir en mis pruebas las huellas de tus pies sangrantes, que me marcan el itinerario de la voluntad del Padre. Aunque mi existencia pareciera, por momentos, no tener sentido, hazme comprender que la jerarquía de valores la señala el amor practicado como tú lo llevaste a cabo. Hazme saber que nunca un acto de amor puro, sobre todo ofrecido a la sombra de la cruz, queda estéril. Porque el grano de trigo que cae en tierra y muere, produce mucho fruto".

7. "Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu" (Lucas 23,46).

Quien ha llegado al límite de la existencia temporal tiene idea de los sentimientos extremos que embargan al ser humano al encarar su trascendencia en forma directa y con plazos mínimos, que se cuentan por segundos. La etapa terrena vivida aparece a la luz de una síntesis trasparente, despertando la conciencia de la responsabilidad en el ejercicio de la libertad con una fuerza incomparable. El cristiano saca entonces de su relación con Dios los recursos de apelación a la misericordia divina que todo hijo goza legítimamente. Interponemos entonces con suprema confianza al Hijo de Dios hecho hermano nuestro, gracias a cuya sangre derramada pudimos llamar "Padre" a Dios.

Con su última Palabra, que, según el evangelista, "gritó" Jesús desde el madero, recibimos del divino Maestro la lección del bien morir, de acabar en paz esta trabajosa existencia, de encarar el misterio de la eternidad con serena fortaleza. Meditemos con frecuencia este paso final de Cristo para que su gracia nos inspire y aliente cuando nos llegue el momento de expiar.

Nuestro Salvador formaliza por última vez su ofrenda al Padre. Al ser presentado, en el templo, llevado por María y por José, habla significado el carácter sacrificial de su trayectoria terrena. En su "bración sacerdotal" habla actualizado esta disposición de su corazón: "por ellos me consagro, para que también ellos sean consagrados en la verdad". En la celebración eucarística resonará siempre el mensaje del sacrificio: "esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi Sangre, que se derrama por ustedes". Es lógico, entonces, que Jesús interprete su muerte como una ofrenda, sello final de su constante entrega sacrificial al Padre.

La tradición apostólica catequizó en esa línea existencial cristiana a las comunidades nacidas a la fe por la proclamación del Evangelio. En un texto denso de doctrina y de espiritualidad, enseña San Pablo, escribiendo a los Romanos: "hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios, a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios; éste es el culto espiritual que deben ofrecer. No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transformense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto".

Hagamos nuestra la última Palabra de Cristo en el Calvario, para que se nos grave de tal modo que en el momento grande y decisivo brote de nuestro corazón con total espontaneidad, confianza ilimitada, abrazo anticipado del Padre que abre la puerta de su casa al hijo que culmina un largo peregrinar.

"¡Padre, en tus manos ...!" Manos poderosas, manos piadosas, manos protectoras. Manos que modelaron mi corazón, que me cubrieron en los momentos de peligros que me señalaron el camino de la salvación. Manos que entretejieron la urdimbre de mi historia personal, que me sacaron de las aguas caudalosas, que me pusieron seguro sobre la Roca que es Cristo. ¡Manos benditas, que veneraron con unción, beso con cariño, tomo con respeto! Manos fuertes y suaves, siempre abiertas, inmensamente cercanos a mi angustia y a mi esperanza. "¡Padre, en tus manos!" "¿Quién no querrá morir así? Pues ¡vivamos así, con esta disposición filial invencible!

También la 7a. Palabra de Cristo es parte de un salmo, el 31:

"Yo" me refugio en ti, Señor,

¡qué nunca me vea defraudado!

Líbrame por tu justicia,

inclina tu oído hacia mí

y ven pronto a socorrerme.

Sé para mí una roca protectora,

un baluarte donde me encuentre a salvo,

porque tú eres mi roca y mi baluarte,

por tu Nombre, guíame y condúceme.

Sácame de la red que me han tendido,
poquetl eres mi refugio.
Yo pongomi vida en tus manos:
tú me rescatarás, Señor, Dios fiel".

C o n c l u s i ó n: Hermanos: cumplida su dolorosa y gloriosa pasión, resucitó Jesús y se halla en medio nuestro. A nosotros nos toca vivirete tramo de existencia temporal, en la que abundan las pruebas las enfermedades, las persecuciones. Demostremos que, por los sacramentos de la iniciación (bautismo, confirmación, eucaristía) la gracia de Cristo fluye hacia nosotros en forma continua. Demostremos que el Señor nos acompaña, como a los discípulos de Emaús. Si fue necesario "que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar así en su gloria", esa ley, salvadas las distancias, también ha de cumplirse en nosotros. Ofrezcamos, como pide el autor de la carta a los Hebreos, "por medio de El (Jesús) a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesen su Nombre".

Los bendigo afme.



+ JORGE NOVAK
PADRE OBISPO

Quilmes, 19 de febrero de 1989.-